

YO FUI DEL GOBIERNO

PEDRO OCHOA

Entrevista a un Cristero

Concepción Ramírez



Me lo imaginé sentado esperando su último día en este mundo, con la mirada puesta en algún objeto que lo anclara a la vida. Creí que se estaba consumiendo hasta llegar a ser sólo raíz para luego replantarse a la tierra de donde un día fuera expulsado. “Cuando se está a punto de morir, sólo nos queda la resistencia, las ganas de seguir viviendo”. Esas fueron las últimas palabras que escuché de los resecos labios de Pedro Ochoa.

Atravécé la Colonia Albarrada, cruzé las vías del ferrocarril y caminé sobre las polvorientas calles de la colonia Torres Quintero. La tarde ya caía, tuve la sensación de estar traspasada por una guadaña de luz, era el recoveco en el estómago que hacen los recuerdos cuando cae la tarde.

Se habían acabado las calles, ahí estaba la tamarindera. “Enseguidita de la tamarindera está la casa de mi papá, no hay pierde”, dijo su hijo Genaro. En efecto, ahí estaba la casita. De los muros roídos colgaban la silla vieja de un caballo, aperos de labranza desgastados de tanto uso y polvorientos por el actual abandono, latitas de chiles jalapeños y leche con restos de plantas secas, un costal vacío, un canasto viejo. Frente a la casa un hombre sembraba la tierra, mientras un perro correteaba unas gallinas. Le pregunté por Pedro Ochoa, me dijo:

—Pos soy yo, que se ofrece.

—Nada, soy cuñada de su hijo Genaro.

—¿Tú eres Conchita?

—La misma.

—¿Qué te traí por acá?

—Pues, nada, nada, iba pasando y me acordé que por estos rumbos vivía usted y pensé en visitarle.

—¿Y cómo está la familia?

—Todos, todos bien, gracias.

Me reí para mis adentros, pensando en aquel viejo cansado y seco.

—Oye, pero a ti no te conocía, sólo de oyidas, pus, si te pareces a Antonia, pero pásate. Andaba sembrando jícamas Y mira esas plantas que se ven ahí es jamaica, ahora lo verás deja que coseché y te mando con Antonia.

—¿Cuántos años tiene?

—Dentro de dos meses cumplo los cien años.

Pedro nos ofreció asiento a mí, a mi cuñada Sara quien me acompañó, minutos después llegó mi hermana Antonia.

En la cocina había algunos jarros colgados sobre una pared descarapelada, un zarso colgaba del techo, cajas por todas partes, un comedor, figuras de madera caballitos, muñecas, venados, gallinas, perros. Tomé un caballo, le dije:

—Está muy bonito.

—Mi mujer lo hizo, se llamaba Santos, pero sí sabes que se murió

—Sí, lo sé.

—Ella los hacía, pero a mí no me gustaba que la gente supiera que hacía esas cosas, porque iban a creer que era hechicera, allá en Camotlán de Miraflores, sí te acuerdas que vivíamos allá, luego nos venimos pa' cá aquí jue donde ella se murió y pues ahí quedó todo el monerío.

—Su mujer era una artista.

—Pos no sé.

—¿Qué sabes de la Revolución Cristera? Me dijeron que usted fue cristero.

—¿Quién Antonia o Genaro?

—Los dos.

—Yo fui del gobierno

Lo vi muy pensativo, creí que se había arrepentido de contarnos algo de su larga vida.

Me pregunté en voz alta:

—¿Y sí estaría en la Revolución Cristera o sólo lo soñó?

—A mira que chistosa eres, pos claro que estuve en la Revolución Cristera.

—Perdón, sí le creo, es más su hijo Genaro me lo contó y yo de curiosa estoy aquí —.Su rostro tenso, quizá por el coraje que le produjo mi desconfianza, lo hizo verse menos viejo, tanto que para romper la tensión le lancé una pregunta tras de otra.

—¿Y tiene novia?

—Al menos que quieras ser tú.

—Pero ¿usted es católico?

—Sí

—¿Antes también lo era?

—Sí, yo fui beatito. Yo fui del gobierno. ¿Tú conociste allá? —Señalando con el dedo índice a mi cuñada Sara—, tú no conociste a don Adolfo Valdés, ¿vedá?

—No.

—¿Pero lo oíste mentar que era el jefe de nosotros ahí?

—Pero, mi papá lo mencionaba —dijo Sara.

—Cuénteme, pues, qué pasó.

—Fuimos del gobierno, pero los cristeros nomás nos rodeaban queriéndonos llegar, pero no podían.

—No me diga

—Cosa seria

—¿Dónde empezó este movimiento? Platíqueme, yo quiero saber.

—Mira, el gobierno, no cabe duda que hay hombres de resinación, lo puso ahí, en la cristiada, a Don Adolfo Valdés, lo puso el general Quevedo, con sesenta rifles y diez cargas de parque y lo posicionó ahí, y no hubo quien le entrara, pero el día que llegaron, llegaron en la tarde, en la noche se pusieron hacer pozos para fortines, para pelear por todas las entradas de Barreras, pero no cabe duda, que yo como soy cobarde, yo no me había plantado allí, no, estaba rodeado de puros cristeros.

—¿Quién se plantó ahí?

—Don Adolfo Valdés.

—¿Él era valiente?

—Era Valiente.

—¿Y usted qué cargo tenía o qué hacía?

—Ja,ja,ja,ja, sabes, a mí me querían fusilar los cristeros, porque yo tenía dos primos hermanos en el gobierno. Rafail si conoció a Benino y a José.

—Mi papá sí los conocía a todos ellos —Le contestó Sara.

—Cómo no, vivía en Barreras, Rafail, después, je, bueno ¿no vivió en las Estacas? No vivió en Barreras, ¿verdad?

—Mi papá en Colomos —le corrigió Sara.

—¿En Colomos todo el tiempo?

—Todo el tiempo vivió en Colomos. —Dijo Sara

—¡Ba! Porque yo conocí un nacimientito, en unas higueras allá y allí agarraban la'gua, allí pos se posicionaron los...

—¿Los cristeros, en Colomos?

—No, no, los cristeros estaban rodeados de... de los cerros, ahí hay un punto que se llama el Vallecito de Cristo Rey, este vallecito era el cuartel general de ellos.

—¿De los Cristeros?

—Eran Padres de decir misa, los que... los... los generales.

—¿Los generales eran curas?

—Amaban a dizque a Dios y robaban y mataban...prójimos. Ahi se murió José Valdivia, un cieguito de un ojo, le dieron un balazo por acá —dijo, poniéndose una mano en la parte alta del pecho y la otra en el costado izquierdo, por donde salió la bala—, y le salió bajito aquí y lo mataron. Ahí perecieron en eese combate, dos ciegos; otro se llamaba Madaleno Aviña, ese con el cerrojo ¡tan! Se vino el cerrojo y le apagó el ojo que tenía. Con el cerrojo le acabó el ojo, ya se fue ciego. Y José Valdivia ese quedó ahí. Y tenían dos vacas que mataron los cristeros para tragárselas.

—Robaban el ganado de la gente —comentó Sara dándole la razón

—Robaban ganado y sabes, por eso, cuando, cuando ese Adolfo Valdés jue, los ricos se jueron con él a pelear, porque los tenían ofendidos a los ricos; los cristeros amabana Cristo y robaban y mataban.

—¿Cómo? Yo no le hallo figura, pero...sin duda. ¿A usted lo quisieron matar, a usted lo iban a matar, los..?

—¿A quién?

—A usted, ¿los cristeros?

—Ah me llevaron pa trojes a una hacienda y ahí me llevaron pa allá, pa' que no anduviera yo llevándole mensajes a los... al gobierno entonces me llevaron pa' allá, y ya estaba yo allí, cuando hubo el combate allá, cuando dejaron las vacas muertas allí y luego llegó una, le decían parte que le mandaba al capitán Anaya, ya le llegó la carta, yo estaba sentado allí oyendo dos capitanes, que

estaban ellos conversando ahí, ya dijeron: “ya llegaron con la carta, a ver tú muchacho”, entonces, yo estaba nuevo, “a ver tu muchacho, anda, llevácela, la carta esta al padre, al Ojo de Agua de Michoacán” y ahí voy en carrera abierta para alcanzar a venir en la tarde de ese día y ya llegué y le entregué la carta al padre y ya me dijo: “bueno padre ya cumplí, yo ya le entregue la carta”, dijo: “no te vayas porque hay peligro para ti, oyes rosario ahora y mañana oyes misa y ya te vas, ya no hay peligro para ti.” Yo obediente, yo era persinado beatito, entonces me quedé. Otro día en la mañana, ya me levanté y oí misa y ya le dije: “ahora sí padre, ya me voy, ya no hay peligro”, encontré como doscientos cristeros y nomás me vían los desgraciados, pero y en la noche me sitiaron la casa, que si yo me vaya me fusila ese Anaya, porque él jue el que pelio allá, y sabes, como que yo creo que tenía quejas el padre de decir misa, para que yo les llevaba mensajes al gobierno y ya me dijo: “un día me vide con uno de ellos me dijo: no seas pendejo, vas a morir llorando cabrón, me dijeron: vente aquí, si mueres peleando, no mueres llorando.” Que me les voy a los cristeros, porque yo estaba en zona cristera, no pos ya, eso me valió que el padre no me dejó venir, si no me fusilan, en la mañana que se fueron a rendir el parte, pues, ya llegaron con un...eran dos capitanes, un, uno se llamaba, apellidaba Álvarez, Doroteo Álvarez y luego, otro se llamaba Jesús Toscano y entonces, ya jueron y dijeron: “miren aquí tenemos el mal”, hora nos amanecemos allí espiando a Pedro, dice; “y no vino, anda con el gobierno”, entonces le estaba diciendo al Doroteo y al Toscano, “estás mintiendo aquí estaba cuando llegó la carta tuya”, dijo: “y nosotros lo mandamos llevar la carta al padre” y entonces, ya no me persiguieron, pero yo dije de todos modos, “me van a fusilar el día menos pensado”, y no, yo me jui con el gobierno.

Pues, si ya mis parientes allá me decían, “estás pendejo, sabes te van a fusilar”, porque los cristeros entraban a zona... a zona..., a Michoacán matarles cristeros, un día mataron cuatro, y entonces, llegó un capitán Barajas y ese llegó y me dijo: “anda y levanta los muertos que están allí.” Yo oyí la balacera, entonces, ya me jui a levantarlos, nos fuimos cinco nomás, dos nos quedamos, porque a la llegada llegaron los cristeros, pos, dije; “pendejos, cabrones”, fíjate, eso fue en la mañana cuando los mataron y ahorita ya es, ya era en la noche casi, ahí nos obligaron a dos, nos quedamos, los demás corrieron, los compañeros de nosotros, había uno que tenía un buche así —Pedro hizo una seña con la mano indicando el tamaño de una gran bola y la acercó al cuello—. “Llegó el gobierno, el goooobieerno”, apenas alcanzaba resuello, por causa del buche asustando a la gente allá, y ya me dijo...me dijo uno que se llamaba, no me acuerdo como se llamaba, ese me dijo; “ah cárgalos, échate los muertos”, entonces ya dijo otro allá, “cómo se lo van a llevar en los hombros, vamos bajando soldados y vámoslos cargándolos como costales” y así los cargamos, causa que uno quedó recargado en un palo, ahí estaba, lo dejaron como resquebrajado, de balazos que le dieron y entonces y se jue uno herido y otro y salió gusaniento, en el mismo día se remontó por allá, porque le pegó un parasismo y ya

se acostó y ya cuando despertó, el mosquero, tenía sangre, y entonces, ya se fue a un rancho que estaba cerca de donde yo vivía y ya ese vendía criolina, ahí, pos tenía un balazo aquí en el lagarto –dijo apuntándose el bíceps de su brazo izquierdo-. Y se desangró.

¿Ese le dicen lagarto, cómo conejo? Sin duda tiene una arteria aquí –señaló la parte interna del bíceps, del brazo izquierdo-, porque yo he visto dos o tres muertos con balazos aquí, en él, mira.

—¿Una arteria aquí? La aorta proplamente

—Tiene arteria aquí. Entonces, no pos sabes, ya me puse en paz, pero ya me fui con el gobierno, ya no me apuntaban mal, porque ya lo que querían, era, pos, era matarnos, pero nunca se animaron a llegarnos.

—Muy dura, ¿no?, estuvo la revolución

—Tenían miedo los cabrones y pos ni modo, había que pelear.

—Sí, ya estaban ahí

—Ya estábamos ahí y bien afortunados y con mucho parque y los cristeros, traían dos tres tiritos, los carambas, y no, pero, amaban a Cristo y mataban prójimos.

—¿Mataban prójimos?

—Yo le hallo un defecto en la gente culta, un nango cabrón se puede revelar, pero amaban a Cristo Rey y mataban y robaban, no se me figuraba a mí que fuera el derecho de los que amaban a Cristo.

—Por supuesto que no.

—Qué le iba a decir, este, ¿En barreras, Jalisco?

—¿Es Jalisco?

—Es Jalisco.

—¿Y tenían qué ver con la gente de Colima, con los Cristeros de Colima?

—¿Eh?

—¿Y venían a Colima ustedes?

—Aquí veníamos a Colima

—¿A qué venían?

—A traer puercos, a traer ganado, animales.

—Pero, ¿a cosa de la Cristiada, no?

—No, en el tiempo de la cristiada venimos dos veces.

—¿Nomás?

—Nomás. Y sabes, nos íbamos por el monte, cuando veníamos, un Dario Valdivia, muy

pariente de esta mujer –Pedro señaló a Sara – de... de hija de Rafail, y sabes, yo le nombraba un, una cosa ahora los padres de decir misa, eran generales; dos, el del Río y Marín. Esos dos padres eran generales allá en Michoacán, se revelaban en contra de los mismos prójimos, ellos nomás ordenaban, pero cosa triste para los pobres pacíficos. Ya llegaban nomás y le quitaban el freno a las bestias y les echaban al chapil a que tragaran maiz y yo no podía decirles nada, porque, ¿pos cómo? me mataban.

Pero ya que me hice al lado del gobierno, dije: Ahora sí, ya voy a pelear forzado, porque, pos el miedo, yo era miedoso. Yo le nombro, al que no tiene cultura, pos, es un inocente, pero los padres. Había un general en Colomos, donde vive el papá de ésta –Pedro volvió a señalar a Sara-, sabes que allí fue un combate se vino con larma con la culata pal lado del gobierno y nadie le tiró tenía rendido, un cristero... vino y entonces un pariente mío le dijo; “te vamos a indultar, pero nos vas a decir cuál es el coronel que viene”. “El del macho prieto –dijo el hombre que se rindió-, aquel mira”. Y era una distancia lejos y entonces ya nos... todos le tiramos al coronel, hasta que fracasó, lo matamos. Cuando vieron a su general muerto, todos los cristeros que quedaron vivos huyeron. A los soldados cristeros muertos, los dejaron allí, allí los quemaron con leña, con madera y al coronel ese se lo llevaron... muerto se lo amonturaron, se lo echaron en unos palos y se lo llevaron al Vallecito de Cristo Rey; así le nombraban. Primero se llamaba el Guayabillo y después fue el Vallecito de Cristo Rey, porque allí estaba el cuartel general dizque. Pero así estaba de gente cristera —Para enfatizar, Pedro juntó los dedos de ambas manos, levantándolas hasta la altura de sus ojos—. Hombres de experiencia ¡hombre!

Había un Julio Castellanos, yo fui mediero de él cuando él andaba en la revolución; y saben yo vía que hacía cosas, robaban y mataban y yo no le hallaba. Le dije un día; “oyes ¿cómo aman a Cristo Rey...?” le dije: “son absurdos”, le dije, “yo miro las cosas mal”. Noooo”, me contestó Castellanos él que me prestaba las tierras. “Pos se revelan en contra de uno” dijo. “Ta muy bien” dije, pero eran...y ese mataba y robaba, ese Julio Castellanos y ése murió de su muerte natural y mataba y robaba. Ése era bravo: como el diablo.



Pedro Ochoa nació en el Guamuchil, Jal., el 29 de abril de 1906, murió en el año de 2005, en la ciudad de Colima, Col., Víctima de una embolia cerebral.

Hijo de Genaro Ochoa Heredia, ocupación: campesino y de Juana Orozco Sánchez, ocupación: ama de casa.

Pedro Ochoa no estudió, su padre fue quien le enseñó a leer y a escribir.

No siendo de ningún partido, ni político ni religioso, como él lo decía, luchó forzado, no le quedó otra, “a mí me metieron, yo no quería. Me agarraban los cristeros y me querían matar, me agarraban los del gobierno y también me querían matar.”